

Las deportaciones de las Naciones Originarias del sudeste del Mississippi: debates y revisiones en la historiografía norteamericana

The deportations of the Southeast Mississippi Native Nations: debates and reviews in North American historiography

JUAN ALBERTO BOZZA^{1*}

Resumen

El artículo presenta una revisión crítica de las interpretaciones apologéticas de la conquista del Oeste, elaboradas por la historiografía norteamericana. Este primer ejercicio reflexivo está acotado a problematizar las narrativas que, durante varias décadas, prevalecieron como explicación de las políticas de remoción sobre las naciones originarias² que habitaron los territorios del sudeste del río Mississippi hasta fines de la década de 1830. El trabajo sintetiza las representaciones tradicionales del pasado sobre la relación entre gobernantes y las comunidades nativas en la expansión hacia el oeste; enfoca la interacción entre la acción colectiva de los nativos americanos en los años sesenta y setenta del siglo XX y el surgimiento de las primeras revisiones críticas del pasado, que incorporaron como fuentes a los testimonios de las poblaciones originarias. En la parte final, problematiza ciertos tópicos impuestos por la historiografía sobre los antagonismos entre gobernantes, las naciones originarias residentes en el sudeste del río Mississippi y su secuela de despojo del hábitat original de las tribus.

Palabras clave: desplazamientos, historiografía, naciones originarias de Norteamérica, rectificación, revisión

^{1*} Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de La Plata. Mail: albertobozza55@gmail.com <https://orcid.org/0009-0009-1041-1384> Fecha de recepción: 22/10/2024. Fecha de aceptación: 23/02/2025.

² Los términos “Naciones originarias” y el menos usado “naciones ancestrales” son productos de una eficaz conceptualización de la historiografía indigenista y de las corrientes que compartieron sus perspectivas. Sus argumentos son elocuentes: se trata de una nominación de comunidades singulares cuya residencia, lengua y variadas formas de organización social preexistieron a la llegada de conquistadores europeos y colonizadores norteamericanos. Para evitar una reiteración de la terminología se han utilizado como sinónimos a los términos “nativos americanos”, “nativos”, “comunidades nativas”, “amerindios” o “indios”, provenientes de investigadores académicos no descendientes de dicha población, empleados por antropólogos de mediados del siglo XX y por los usos convencionales puestos en circulación por la cultura popular y los medios de comunicación dominantes.

Abstract

The article presents a critical review of the apologetic interpretations of the conquest of the West, constructed by North American historiography. This first reflective exercise is limited to problematizing the narratives that, for several decades, prevailed as an explanation of the removal policies on indigenous nations that inhabited the territories southeast of the Mississippi River until the late 1830s. The work synthesizes traditional representations of the past about the relationship between governments and native communities in westward expansion; it focuses on the interaction between the collective action of Native Americans in the sixties and seventies of the 20th century and the emergence of the first critical reviews of the past, which incorporated the testimonies of the original populations as sources. In the final part, it problematizes certain topics imposed by historiography on the antagonisms between rulers of the indigenous nations residing in the southeast of the Mississippi River and its aftermath of dispossession of the tribes' original habitat.

Keywords: *historiography, native North American nations, rectification, removals, revision*

I. Introducción

Este artículo se ubica en el campo de la historiografía. Pretende presentar en los medios académicos locales las revisiones y refutaciones a las narrativas sobre el pasado de las comunidades nativas de Norteamérica, enfocándose en el proceso vivido por las comunidades que habitaron el sudeste del río Mississippi. Describe, de manera sintética, las características del relato épico de la Conquista del Oeste y el retrato estigmatizador delineado sobre las sociedades nativas. Luego, analiza el vínculo entre la movilización de las organizaciones indias por la conquista de sus derechos civiles y el despertar de una conciencia histórica crítica. Dicho activismo, además de obtener derechos y autonomías desde el último cuarto de siglo XX, propició las condiciones para una reconstrucción del pasado más abarcativa, que incluía el protagonismo y la agencia de los nativos de Norteamérica. Impulsada por historiadores indigenistas y por parte de la investigación académica, el resultado ofició como una contribución pionera a la “historia desde abajo”. Estos autores esclarecieron los conflictos originados por la expansión hacia el oeste; señalaron acontecimientos destructivos sufridos por los aborígenes y pusieron en entredicho los prejuicios acerca del carácter estéril y estático de todas las culturas nativas con las que interactuaron los colonizadores europeos y norteamericanos.

La investigación se estructura en tres partes. En la primera, se presentan sucintamente los tópicos de la narrativa épica de la Conquista del Oeste. En la segunda, se

describe la irrupción de los cuestionamientos a dichas versiones. En la tercera parte se abordan, como estudio específico, las controversias historiográficas suscitadas por el despojo y la remoción de las comunidades nativas del sudeste del río Mississippi. La indagación está basada en la información provista por obras historiográficas que abordaron la cuestión en el campo académico y otras que combinaron el trabajo profesional con el compromiso y el activismo en favor de los derechos de los pueblos nativos.

II. Estigmas del pasado

Desde el siglo XIX, la historiografía de Norteamérica utilizó premisas de orden providencialista y religioso, según las cuales los colonos que ocuparon la región traían al “nuevo mundo” una misión civilizadora, un “destino manifiesto” (*manifest destiny*).³ La conquista territorial, desde la costa atlántica hacia el Pacífico, y el sometimiento de los aborígenes fueron zonas sagradas de una epopeya en la que se forjaron las virtudes de los colonizadores, la solvencia de las instituciones y la identidad de los Estados Unidos. En estos relatos, los pueblos ancestrales fungían como sociedades definitivamente estancadas y enemigos salvajes que los pioneros debían someter.

Hasta fines de los años sesenta del siglo XX, las instituciones oficiales transmitieron una imagen unívoca, romantizada y mitologizada del pasado americano. Gobernantes y colonos, unidos contra un mundo hostil, fueron los agentes exclusivos del crecimiento y del progreso de la nación. La historiografía apologética de la Conquista del Oeste y cientos de folletines de la vida en la frontera expandieron estos tópicos a un público masivo. Los relatos heroicos de la frontera transmitían un mensaje ideológico potente a los lectores: Norteamérica era una tierra abierta, de oportunidades ilimitadas para que el individuo fuerte, ambicioso y autosuficiente se abriera camino hasta el éxito y la prosperidad (Slotkin, 1985). Destacadas figuras de la política y de la cultura se involucraron en la tarea.

Theodore Roosevelt, historiador y presidente de los Estados Unidos (1901-1909), construyó una narración épica y racista esparcida a un extenso radio de lectores. Residente en su juventud en Dakota, sus crónicas glorificaron la Marcha hacia el Oeste y las virtudes

³ La frase fue creada por el editor John O’Sullivan en 1845. Aludía a que la nación estaba predestinada por Dios para expandirse en el continente e irradiar la libertad y el capitalismo. El historiador George Bancroft fue un entusiasta expansionista y adicto a tal creencia, así como el presidente Andrew Jackson. Véase Merk (1995, pp. 40, 50 y 215-216).

del hombre de la frontera (*frontierman*). Su libro, *The Winning of the West*, suministró las interpretaciones clásicas de la historiografía de la conquista. También sentencia las estigmatizaciones más difundidas sobre las naciones originarias. Aludían a las "crueldades y depredaciones de los salvajes", al "descaro", la "traición" y la "duplicidad" de los aborígenes. Según el autor, la presencia maligna de los indios era responsable de "innumerables hechos de rapiña y asesinato", a pesar de lo cual eran "beneficiarios de la extrema y (...) tonta benevolencia por parte del gobierno" (Roosevelt, 1896, pp. 171-176).⁴ Para Roosevelt, la supremacía técnica y racial de los colonos imponía la conquista del territorio indio y la asimilación forzosa de sus supervivientes. Esta lectura del pasado sirvió de fundamento para las políticas contra los indios que pergeñó en su carrera hacia el poder.

El presidente historiador puso en práctica el sistema de asignación individual de tierras a los indios, destruyendo la propiedad tribal, la expulsión de sus comarcas y la destrucción de su cultura. Además, sus iniciativas en favor del "conservacionismo de la naturaleza"⁵ despojaron a los nativos de sus territorios para la construcción de los Parques y Monumentos Nacionales.

Contemporáneo de Roosevelt, Frederick Jackson Turner construyó, desde el campo académico, la interpretación sobre las propiedades virtuosas de la expansión de la frontera hacia el Oeste. Su potente glosa degradó y minimizó las interacciones de las naciones originarias con los blancos. El profesor Turner era devoto de las teorías mecanicistas y eurocéntricas de la evolución, fundadas en lo que más tarde se llamó darwinismo social. La democracia americana era el desenlace exitoso de la evolución y adaptación en respuesta a los entornos y ambientes cambiantes, era el origen de nuevas especies políticas (Turner, 1961, pp. 63-64). La conquista de la América "indómita" condensaba triunfalmente las etapas universales de la evolución social, protagonizadas, sucesivamente, por cazadores y comerciantes de pieles, ganaderos, agricultores, mineros, manufactureros y asalariados urbanos.

En realidad, el fundamento evolucionista reinaba sobre toda la historiografía académica de la época. Herbert Baxter Adams, de la Universidad John Hopkins, sostenía

⁴ Roosevelt sostuvo en un discurso en Nueva York, en 1886: "No me atrevo a pensar que los únicos buenos indios sean los indios muertos, pero creo que nueve de cada 10 lo son". Luego, agregó: "Y no me gustaría investigar muy de cerca en el caso del décimo" (Landry, 2016).

⁵ En su primer mensaje al Congreso, en diciembre de 1901, Roosevelt llamó a la Ley de Asignación General "una poderosa máquina pulverizadora para romper la masa tribal" (Landry, 2016).

tesis de los gérmenes europeos como agentes de la evolución de los Estados Unidos. El despliegue norteamericano se producía bajo el influjo de las avanzadas instituciones políticas anglosajonas (Adams, 1882, pp. 14-18). En cambio, según Turner, el progreso norteamericano brotaba de la interacción de los colonos con el medio ambiente, que incluía la lucha contra los nativos. La ocupación territorial modeló el carácter de los colonos e inspiró sus virtuosas instituciones. La frontera, en opinión de Turner, era el agente de consolidación de la historia de Estados Unidos. Los aborígenes, como expresión de la naturaleza agresiva, existían como el desafío que forjó los caracteres morales y políticos del hombre blanco colonizador (Turner, 1966).

Mediante una operación conceptual módica y monolítica, la historiografía de la frontera arrinconaba a las comunidades originarias en la fase del salvajismo, condición que les impedía resistir a los pueblos avanzados europeos. Desde las narrativas coloniales, el término "nativo" era usado como inferior a "humano"; solo adquiría presencia como parte del "ambiente", del entorno salvaje que asediaba al colono. Los pueblos ancestrales eran asociados con lo inanimado, tal como se infería de la utilización del concepto de "tierra libre". Este era un sinónimo de "desierto", tierra que estaba allí para ser tomada para el uso de la "civilización" (Turner, 1891, p. 200). Resultaba llamativo que un erudito como Turner tuviera una mirada tan displicente, pétrea y crasa sobre la heterogeneidad de las comunidades nativas. En su criterio, "todos los indios" constituyán una barrera del proceso civilizatorio. La usurpación de sus tierras, independientemente de la metodología utilizada, era inexorable.⁶

III. Barricadas del presente, clarificación del pasado

1. Del caballo al asfalto

El relato estigmatizador de las sociedades aborígenes tuvo vigencia hasta la sexta década del siglo XX. A comienzos de la década un grupo de estudiantes indios fundó, en

⁶ La diversidad de las formas comunitarias de vida de los nativos americanos refutaba, de manera categórica, a las aporías difundidas por la literatura de la conquista. Las naciones originarias experimentaron variadas formas de organización social: consejos, confederaciones, liderazgos fuertes, liderazgos débiles, sin liderazgos, etc. El desdén de Turner hacia la observación de la diversidad no puede ser explicado por la ignorancia de los estudios sociales de la época. Años antes, Lewis Morgan había estudiado minuciosamente las instituciones, elaboradas y sutiles, que reunían a la Liga de las Cinco Naciones Iroquesas (Morgan, 1877, cap. V).

Nuevo Méjico, el Consejo Nacional de la Juventud India (NIYC), retomando experiencias de organización nacidas en los años cincuenta. Sus secciones de base fueron básicamente rurales y las primeras en izar la consigna del Red Power.⁷ En las décadas siguientes coordinó sus reclamos con otros grupos militantes diversos. La lucha por la obtención de los derechos de los indios se consolidó en el período de politización y radicalización de la nueva izquierda, de la movilización de los campus estudiantiles, de las demandas de los afroamericanos y chicanos. Los emergentes más activos fueron el Movimiento Indio Americano (AIM) y la agrupación de Indians of All Tribes (IOAT).⁸

El AIM formó agrupaciones urbanas. Se constituyó en Minneapolis, Minnesota, en el verano de 1968. Denunció los padecimientos más comunes de los indios, el alto desempleo, las viviendas precarias y el tratamiento racista. El Movimiento fue hostigado por el FBI, que pretendió eliminarlo mediante un programa de contrainsurgencia, el COINTELPRO.⁹ El AIM desarrolló organizaciones comunitarias para atender la situación de los aborígenes en las grandes ciudades y promovió diversas formas de la acción colectiva. En 1969 apoyó la toma de la Isla de Alcatraz, en la zona de la bahía de San Francisco, para la construcción de un centro cultural y comunitario en la vieja prisión abandonada. En noviembre de 1972, organizó el Camino de los Tratados Rotos, una caravana hacia Washington con representantes de todas las naciones nativas. Peticionó una comisión para hacer nuevos tratados con el gobierno; instó a la revisión de las violaciones gubernamentales de los pactos del siglo XIX; demandó las compensaciones económicas, la restauración de 110 millones de acres de tierra arrebatada, la protección federal por los delitos contra indios, la abolición de la Oficina de Asuntos Indígenas (OAI) y la creación, en su reemplazo, de una nueva oficina de Relaciones Federales Indias (Warrior & Smith, 1996, p. 10).

La manifestación más trascendente del grupo fue la ocupación de la OAI en la aldea de Wounded Knee, Dakota del Sur, el 27 de febrero de 1973. Además de los reclamos al

⁷ Para los antecedentes del Movimiento, Kiel (2023).

⁸ Los fundadores del AIM fueron Mary Jane Wilson, Dennis Banks, Vernon y Clyde Bellecourt, George Mitchell, Russell Means, entre otros. Indians of All Tribes fueron los responsables de la ocupación de la isla de Alcatraz, a fines de 1969 (Dunbar-Ortiz, 2014, p. 4).

⁹ El Programa de Contrainteligencia del FBI fue creado en 1956 para la persecución de activistas comunistas. En la segunda mitad de los sesenta se extendió para infiltrar y reprimir al Socialist Workers Party, a Students for Democratic Society, al Black Panther Party, al AIM, a los nacionalistas portorriqueños, entre otros grupos. Se mantuvo en secreto, hasta que, en 1971, fue descubierto y denunciado, en la Media (Pennsylvania) por militantes de la nueva izquierda (Churchill & Vander Wall, 1990, pp. 303-304).

gobierno federal, el Movimiento repudiaba puntualmente a la gestión corrupta de la Oficina que administraba las tierras de la reservación sioux. La toma, realizada en el sitio de una masacre perpetrada por el ejército en diciembre de 1890, recibió la solidaridad de grupos de la nueva izquierda, que abastecieron con alimentos a los resistentes. La ocupación duró 71 días y motivó un dispositivo represivo del FBI, del Cuerpo de Alguaciles de los Estados Unidos y de otras agencias de seguridad. La aldea fue sitiada e invadida por las tropas del gobierno, que mataron a dos militantes indios y encarcelaron a varios de sus dirigentes (Churchill, 1996, pp. 256-260).

En tiempos más cercanos, otros activistas nativos cuestionaron la perduración de la glorificación del presidente Andrew Jackson. El 22 de junio de 2020 intentaron derribar la estatua ecuestre del séptimo presidente de los Estados Unidos. En circunstancias en las que habían proliferado crímenes policiales de afroamericanos, los activistas no olvidaron la condición de esclavista de Jackson en Tennessee, además de promulgar la ley de expulsión de los nativos del este del río Mississippi en 1830. También recordaron la marcha forzada de los cherokees hacia Oklahoma, conocida como el Camino de las Lágrimas (Ostler, 2024).

Estimulada por la acción colectiva, la resistencia cultural indígena alentó a impugnar los relatos del pasado difundidos por las instituciones oficiales. La lucha contra las condiciones de marginación del presente de los nativos interpelaba críticamente a las circunstancias del pasado, en que la supremacía fue impuesta, y a las narrativas que las propalaron y naturalizaron. La lucha por la conquista de derechos en el presente activó una práctica memorialista de recuperación y reexaminación del pasado.

2. Escuchar las fuentes o voces nativas

Las primeras expresiones de la historiografía crítica crecieron fuera del campo universitario (Edmunds, 1989, pp. 312-321). Alexander “Dee” Brown hizo una potente contribución con su libro *Entierren mi corazón en Wounded Knee* (1970). El epígrafe del título, *Una historia india del oeste americano*, abrió el campo historiográfico al estudio de los sectores subalternos. La investigación desnudaba las interpretaciones restrictivas y

distorsivas del pasado americano.¹⁰ El texto fue construido en base a viejas fuentes escasamente utilizadas, a testimonios emanados de las naciones indias y a documentos oficiales sometidos a una aguda mirada inquisitiva. Ofreció la primera visión integral del pasado incorporando las experiencias vividas por las tribus americanas (Sheppard, 1971).

El relato, sensible a la experiencia de los indios, evocaba un pasado de expolios, masacres y traiciones infligidas por las clases dirigentes. Con una reconstrucción minuciosa del período entre 1860 y 1890, rememoraba los desplazamientos forzados y relocalizaciones de los indios, los ataques devastadores del ejército norteamericano, los tratados firmados y sistemáticamente violados por el gobierno federal; la destrucción de la cultura y de las religiones. Brown (1970) ofrecía una visión realista de las encrucijadas que experimentó el estilo de vida de los nativos y su voluntad de convivir con los europeos. Los capítulos finales del libro estaban dedicados a la colisión entre los proyectos de expulsión del gobierno y la resistencia de los indios de las praderas. Crítico de las versiones fatalistas sobre el destino de los nativos, la indagación señalaba las variadas estrategias de resistencia y supervivencia de las comunidades, presentando un retrato más ajustado y cabal de líderes como Pontiac, Sitting Bull, Gerónimo, Red Cloud, Crazy Horse, etc.

El movimiento indio engendró sus propios historiadores. Vine Deloria Jr., de la comunidad sioux de Dakota del Sur, ejerció como profesor de Ciencias Políticas e Historia de las Religiones Indias en la Universidad de Arizona, donde organizó el primer máster sobre estudios indios. En 1969 publicó el libro/manifiesto *Custer murió por tus pecados*. El nombre del teniente coronel del VIIº Regimiento de Caballería simbolizaba las políticas colonialistas más cruentas.¹¹ Procesando una vastísima documentación, Deloria analizó los 400 tratados y acuerdos firmados por los indios y el gobierno de los Estados Unidos, en los que se prometía el respeto de sus territorios y el mantenimiento de la frontera, y puso en evidencia el sistemático incumplimiento de los poderes estatales. En Deloria cohabitaron el

¹⁰ Brown citaba las palabras de Yellow Wolf: “Los hombres blancos contaron solamente un lado de los hechos. El lado más placentero para ellos. Muchas de las cosas que dijeron no son verdad. Los blancos solo narraron sus mejores hechos y los peores de los indios” (Brown, 1970, p. 323). El clamor por una historia “completa” e inclusiva de las sociedades nativas sigue siendo un tema de actualidad (Blackhawk, 2023, capítulo 12).

¹¹ George Armstrong Custer fue un arrogante teniente coronel del Regimiento VII de Caballería. En la memoria india, su figura mentaba las tácticas más brutales de exterminio, como las que aplicó, en 1868, contra los cheyennes en la Masacre de Washita River. Era partidario de atacar a los “indios no combatientes” (mujeres, niños y ancianos) y usarlos como escudo humano, para forzar la rendición de los guerreros (Fox, 1992, p. 297).

investigador y el activista. Munido de su conocimiento del pasado, fue partidario de la autodeterminación de las naciones indias y respaldó la lucha legal y jurídica para la recuperación de derechos y territorios (Deloria, 1988, pp. 29-30).¹²

La historiografía indigenista exploró nuevas dimensiones de la presencia de las naciones originarias en el pasado norteamericano. Consideró a las comunidades nativas como sujetos, cuya acción (resistencia, negociación, movilización, demandas judiciales, etc.) contribuyó a explicar el curso o desenlace que tomaron diversos procesos. Amplió el repertorio de las fuentes y problematizó (en varios casos, refutó) interpretaciones según las cuales las violencias sufridas por los pueblos nativos eran el producto no deseado y fatal de una guerra declarada por el gobierno. Al analizar los conflictos que padecieron las tribus del sudeste del río Mississippi proyectó una crítica clarificadora contra algunos tópicos arraigados sobre la experiencia histórica vivida por dichos pueblos en el marco de las relaciones con los gobiernos y colonos norteamericanos. Trataremos de condensar la crítica historiográfica a tales mitos en las siguientes argumentaciones.

IV. La historiografía frente a la Gran Expulsión

1. El mito de las sociedades estáticas

La narrativa épica de la frontera definió al modo de vida indio como un universo estático y cerrado, siempre idéntico a sus formas originarias. Para el colono medio, las sociedades aborígenes eran apenas entes indistintos de la naturaleza, carentes de diversidad en las formas de organización social y modo de vida. Autores del siglo XXI siguieron repitiendo relatos en los que las naciones originarias estaban integradas por tribus de salvajes redomados, siempre refractarios a incorporar los avances tecnológicos y la vida sedentaria (Lewy, 2004).¹³

¹² Ver también Deloria, (1972, pp. 134-145). En este libro recopila y analiza numerosos tratados firmados por los indios; reúne, además, casos contenciosos, audiencias, legislación parlamentaria, declaraciones judiciales, desde 1830. En el mismo sendero crítico se ubican las investigaciones contemporáneas de Edward Valandra, contribuciones notables en favor de la autonomía de las naciones originarias (véase Valandra, 2006).

¹³ El Museo Smithsonian consideró, en años recientes, que el relato sobre la conquista del Oeste había sido mitologizado y debía reescribirse conforme a las nuevas indagaciones de los historiadores sociales (Aron, 2016) <https://www.smithsonianmag.com/history/history-american-west-gets-much-needed-rewrite-180960149/v>

La historiografía crítica y la antropología desmintieron tales afirmaciones con elocuentes datos empíricos. En el territorio norteamericano residían comunidades muy diversas en el plano de la organización política, tradiciones culturales e idiomas. Las naciones originarias poseían estructuras políticas disímiles, incluidas jefaturas, ciudades-estado, confederaciones, bandas y clanes autónomos, etc. La mayoría de los grupos estaban cohesionados por formas de organización basadas en el consenso para la elección de sus jefes o *sachem*, donde los líderes ascendieron al poder en respuesta a una necesidad. También desarrollaron culturas complejas que incluían arte, arquitectura y creencias religiosas. Algunos eran cazadores, otros pescadores; los había agricultores de plantas para alimentación, medicina y textiles, y también lograron domesticar animales. La policromía se extendía a las más de 300 lenguas existentes en el norte del continente, algunas de las cuales desaparecieron o se hibridaron con las de otras tribus.¹⁴

En sus contactos con los hombres blancos (y aún antes de su llegada a América), la dinámica de las comunidades aborígenes era mucho más fluida que lo que establecían las creencias de la época. Comunidades de cazadores habían adoptado las prácticas agrícolas; pueblos que vivían de sus sembradíos se tornaron, con la adquisición del caballo, en cazadores de búfalos, wapitiés y otros animales de las praderas.

La adopción del caballo desde fines del XVII cambió el modo de vida de las comunidades de las praderas americanas. Modificó los métodos en la caza de los búfalos, las artes de la guerra, los modos de viajar, la alimentación, el incremento demográfico y los estándares de riqueza y prestigio. La población de las tribus kiowas, cheyennes, sioux y comanches creció por la mayor productividad en la caza; se amplió la capacidad para comerciar y acceder a nuevos bienes, como mantas, *tipis* más grandes y armas de fuego. Los cambios estimularon cierta diferenciación social. Las tribus con mayor capacidad para utilizar el caballo, como la comanche, desarrollaron más poder que otras (Hinshaw Patent, 2012, pp. 21-37).

¹⁴ Además de la obra de Morgan, (1877, pp. 70–71, 113), véase el enfoque más reciente de Prine Pauls, E. (2024).

2. *El relato de las sociedades nativas renuentes a incorporar cambios tecnológicos introducidos por los colonizadores*

Las investigaciones históricas más productivas recuperaron abundante evidencia sobre la adaptación de las comunidades indias a los patrones del progreso material introducido por europeos y sobre el deseo de convivencia con los recién llegados. Por el aporte de estas indagaciones el abordaje de dicha cuestión ha cambiado en el campo académico de los Estados Unidos (Sturgis, 2007, p. 2).

Los historiadores de origen nativo y la nueva historia social del Oeste¹⁵ demostraron las mutaciones experimentadas por las formas económicas y culturales de las comunidades nativas. Las tribus originarias del sudeste del Mississippi incorporaron un conjunto de prácticas consideradas “civilizadas” por los blancos. Edificaron sus casas, constituyeron un gobierno y policía propios; adoptaron el cristianismo, enviaron a sus hijos a la escuela y desarrollaron granjas y una agricultura moderna (Loring, 2017). Los creek, choctaw, seminolas, chickasow y cherokees fueron llamados las “Cinco Tribus Civilizadas”. Un caso particularmente significativo fue el de los cherokees. Bajo el liderazgo de Sequoiah elaboraron un lenguaje escrito, utilizando las letras del idioma inglés. La notable adquisición, convertida en lengua oficial en 1825, les permitió publicar un diario bilingüe, el *Cherokee Phoenix* (Pritzker, 2020, p. 389).

La capacidad de adaptación e integración de ciertas naciones ancestrales a cambios tecnológicos suscitó en la historiografía controversias escabrosas sobre los propósitos de las políticas oficiales de desposesión de las tribus. Algunas preguntas sugirieron respuestas inquietantes ¿Cuánto había en los líderes de los Estados Unidos de agresión deliberada, incluyendo la eliminación física y cultural de las comunidades ancestrales? Si bien la cuestión no tuvo una respuesta unívoca en el campo académico, se pudo establecer que en ciertas regiones y períodos se utilizaron métodos compatibles con una agresión planificada

¹⁵ Nos referimos a investigaciones producidas en los años 80 del siglo XX que abordaron en dicho proceso expansivo cuestiones como clase, etnia, género, etc. Una descripción global de la escuela puede verse en Nelson Limerick, Milner II, & Rankin, (1991). Este camino es recorrido en el siglo XXI por obras como Rensink (2022).

y, en el caso de California durante la fiebre del oro, de genocidio (Adhikari, 2022, pp. 72 – 115).¹⁶

3. ¿Daños colaterales de guerras, consecuencias no esperadas, destrucción deliberada, genocidio? Una cuestión áspera para la historiografía

La expansión de los colonos europeos y norteamericanos tuvo onerosas consecuencias para las tribus. Los historiadores refirieron varios casos de colapso poblacional en los primeros contactos coloniales, provocados por epidemias, guerras, malnutrición y desarraigo. Los delawares y munsees de Pennsylvania sufrieron una pérdida poblacional del 90 por ciento. La aniquilación física de los powathan por los colonos y autoridades británicas de Nueva Inglaterra, a mediados del siglo XVII, fue una acción fríamente programada.¹⁷ Las políticas de Andrew Jackson y de su sucesor, Martin van Buren¹⁸, contra las Cinco Naciones Civilizadas condensaron todos los aspectos de una práctica destructiva. A pesar de la predisposición a la integración de estas comunidades en la sociedad blanca, el gobierno decidió expulsarlas de la región natal de Georgia al descubrirse oro, plata y cobre en la década de 1830.

La historiografía indigenista aportó pruebas convincentes de las gravosas consecuencias de la administración de Jackson (1829-1837), sobre la supervivencia de las Cinco Naciones mencionadas. La reexaminación del pasado ha puesto, legítimamente, dichos sucesos criminosos en el centro de su legado.¹⁹ La expulsión decretada por el

¹⁶ En 2019, el gobernador Gavin Newsom pidió perdón a los nativos californianos por el genocidio perpetrado por el gobierno estatal, las milicias privadas y los colonos. Así debía reconocerse en los manuales de enseñanza de la historia (Ostler, 2021).

¹⁷ Invitados a una conferencia de paz por los colonos en 1623, los powathans fueron envenenados y los sobrevivientes asesinados (Gill Jr., s. f.).

¹⁸ Van Buren supervisó el cumplimiento de las deportaciones en 1838 y 1839 (Landry, 2016).

¹⁹ Desde el inicio de su gestión, Jackson mantuvo relaciones tormentosas con los nativos. Fue receptivo a las demandas de tierras de los colonos y de los mineros que pujaban por remover a las comunidades. Jackson impulsó leyes cuyo fin era la desposesión de los territorios de los amerindios. Los tratados que impuso a los aborígenes fueron, en pocos años, rotos, anulados o modificados. La Ley de Remoción de Indios de 1830 habilitaba a desalojar a las aldeas radicadas al este del río Mississippi y reubicarlas (deportarlas) en el llamado “Territorio Indio de Kansas y Oklahoma”. Contó con la complicidad de los gobernadores de Georgia y Alabama que ya venían acosando a los nativos y propiciando la expulsión. En 1838, el ejército de los Estados Unidos desalojó por la fuerza a diecisés mil cherokees de sus tierras natales y los condujo al noreste de Oklahoma. La operación fue pésimamente planificada y recordada como el Camino de las Lágrimas (Trail of Tears). Alrededor de cuatro mil cherokees murieron en el viaje y otros mil perecieron poco después de su llegada. Una notable demostración del incumplimiento por parte de los gobiernos de los tratados con los indios puede verse en (Deloria, 1985). Escrito en 1974, el libro de Deloria ofrece un tremendo y documentado

presidente desnudaba las relaciones íntimas que mantenía con las clases terratenientes esclavistas. Al deportar a los cherokees del sur, Jackson ampliaba la dotación de tierras para los grandes plantadores. El propio presidente era dueño de cientos de esclavos y un tenaz enemigo de los abolicionistas del norte. La remoción aseguraba la supremacía blanca y el apoyo a Jackson de los grandes productores algodoneros sureños (Cheatem, 2011, pp. 326-330 y Howe, 2007, p. 4 y cap. 9).

La historiografía más perspicaz intentó comprender en profundidad las características y fines de las políticas ejecutadas contra las Cinco Tribus Civilizadas. Sus interrogantes aún conservan vigencia e interpelan a toda la historiografía sobre las diversas dimensiones de la expansión hacia el oeste. ¿Actos deliberados de aniquilación? ¿Episodios inherentes a la ideología expansionista de las élites gubernamentales o incentivadas por los prejuicios de un presidente racista? ¿Resultados de circunstancias imprevistas por los funcionarios federales o estaduales? ¿Conatos destructivos geográficamente limitados? ¿Casos de genocidio? Las siguientes consideraciones pueden contribuir a comprender mejor la cuestión.

Las indagaciones sobre las vivencias experimentadas por las Naciones Creek y Cherokee refutaban a las interpretaciones que omitieron o atenuaron el sesgo violento de los procedimientos estatales y sus temidas consecuencias. Según los estudiosos del proceso de desterritorialización de los nativos, los fines destructivos de la expulsión no escapaban al conocimiento de los agentes que desalojaron a los creek del este del Mississippi.²⁰ En efecto, la relocalización ocurrió luego de que el gobierno de Alabama destruyera su modo de vida al prohibir la caza, la pesca y el uso de trampas. La emigración al oeste fue forzosa, y provocó un colapso demográfico acompañado por la apropiación de las tierras comunitarias por políticos y colonos. Sin tantos ambages, otros historiadores evaluaron a la eliminación de naciones indias como una limpieza étnica, una tesis que señalaba la responsabilidad de los gobernantes (Matthews, 2016).

Si para algunos historiadores, como Christopher Haveman, la extirpación de los indios de su territorio no tenía la intención de matar, sus efectos la calificaban como un

inventario de los tratados violados y del expolio derivado de tales conductas gubernamentales dolosas (Wilkins, 1970, pp. 329-339 y Brown, 2015, pp. 14-16).

²⁰ Como se dijo, 4000 creeks fueron trasladados a campos de concentración en Mobile, Alabama, en marzo de 1837, supuestamente para su propia protección. Sin embargo, turbas de Alabama y Georgia saquearon los campamentos, violando, matando y esclavizando a los prisioneros (Haveman, 2008, pp. 9-19).

genocidio limitado. Las autoridades gubernamentales eran conscientes de que la obligación de abandonar sus hogares a miles de personas ocasionaría la pérdida de vidas. Además, los gobiernos ya conocían el desenlace de otros desplazamientos forzados que provocaron muertes masivas (Ostler, 2015 y Haveman, 2016, pp. 4-5).

Otros argumentos historiográficos validaban la tesis sobre las responsabilidades y los propósitos destructivos de los estadistas y la clase dominante blanca. La Ley de Remoción de Indios de 1830 solo autorizaba a Jackson a negociar con las tribus el traslado, pero, en varias ocasiones, el presidente no demostró ningún interés en redactar y firmar tratados. Estaba convencido de que el gobierno debía imponerles su voluntad. La escritora Donna Loring era más contundente. El presidente Jackson había instrumentado acciones genocidas contra los nativos del sureste, contando con la complicidad del Congreso, que aprobó la ley por un voto. Para los habitantes primigenios de la región, la Ley de Remoción había sido impulsada por la codicia (Loring, 2017).

En la etapa actual de los estudios, los historiadores más agudos buscaron discernir los factores estructurales y los intereses económicos de sectores prominentes de la sociedad sureña para entender las decisiones hostiles contra las naciones indígenas. Resulta ingenuo interpretar que Jackson estaba solo en la política de las deportaciones. En verdad, todo el Partido Demócrata estaba condicionado por el poder de los intereses esclavistas y era receptivo al reclamo de expulsar a las tribus para liberar tierras para la esclavitud. Estas conductas fueron naturalizadas por el imaginario social de la época, inflamado por la exaltación del hombre de la frontera, del colono blanco sediento de tierras y por un discurso religioso redentor y providencialista. Para los gobiernos y colonos blancos, las tribus indias eran un obstáculo para el progreso y el “destino manifiesto” de Estados Unidos.²¹ Las élites del poder proclamaban la misión cristiana de civilizar a un continente salvaje y hostil. Esta estructura de sentimiento cobijaba al racismo contra los afroamericanos y los indios. Según el historiador Anthony Wallace, esta clase de medidas y actitudes eran cuestiones populares y políticamente atractivas; cualquier presidente demócrata se beneficiaba al propiciar la expulsión de los indios (Wallace, 1993, pp. 31-35).

²¹ Ver el Smithsonian American Art Museum. (s. f.). *Manifest Destiny and Indian Removal*. <https://americanexperience.si.edu/wp-content/uploads/2015/02/Manifest-Destiny-and-Indian-Removal.pdf>

Historiadores y antropólogos consideraron a las expulsiones masivas como catástrofes demográficas que produjeron miles de muertos en las tribus. Según las estimaciones más fiables, el hábitat natural de los choctaws, creeks y cherokees, al este del Mississippi, reunía aproximadamente a 20 mil personas. El destierro forzoso en la década de 1830 produjo la muerte de 2000 choctaws, 4500 creeks y 5000 cherokees. El hambre, las enfermedades en los campos de internamiento, las marchas extenuantes y el desarraigo fueron agentes devastadores (Ostler, 2024).

Hubo comunidades que se resistieron al despojo. Los seminolas se negaron a abandonar su tierra natal y los gobiernos le impusieron tres guerras. En dos décadas, Estados Unidos gastó más de \$40 millones de dólares en aprestos bélicos, asesinando a unos tres mil nativos. El resto se vio obligado a trasladarse a Oklahoma. Un pequeño grupo huyó a los pantanos de los Everglades, en Florida. A través de tácticas guerrilleras y conducidos por el gran estratega Osceola, sobrevivieron en la región y evitaron la subyugación. Sus miembros se declararon la única tribu reconocida por el Gobierno federal, que no renunció a su existencia política independiente (Mahon, 1985, p. 214). Los cherokees fueron expulsados después de polémicas batallas legales. Para 1838, dos mil individuos se habían mudado voluntariamente a Oklahoma. Estados Unidos comenzó las expulsiones forzosas ese mismo año. Una fuerza armada de más de siete mil soldados los obligó a abandonar sus hogares, a menudo arrastrándolos en caravanas de carretas y luego llevándolos a campamentos de internación.²² Más de 13.000 nativos fueron arrancados de sus hogares y colonos blancos se apropiaron de sus tierras. La marcha fue extenuante; recorrieron 1600 kilómetros en el crudo invierno de las planicies centrales, desde Red Clay, Tennessee, hasta Oklahoma. No se les permitió entrar en ningún pueblo por temor a que propagaran epidemias. Muchos indios murieron por enfermedades, por inanición y otros congelados por el frío implacable.²³ Las muertes afectaron al veinte por ciento de la población (Stannard, 1993, p. 124).²⁴

²² Se ha sugerido que el exterminio de los conquistados, la limpieza étnica y los campos de internación indios inspiraron las lecturas y acciones de Hitler en el poder (Kakel, 2011, pp. 179-182).

²³ Un soldado de Georgia que participó en la remoción dijo: "Luché en la Guerra entre los Estados y vi disparar a muchos hombres, pero la Remoción Cherokee fue el trabajo más cruel que he conocido" (Loring, 2017). El historiador Gardner retrató la actitud de Jackson hacia la vida de los nativos con una frase implacable: "Si persigues a un lobo, también tienes que matar a los cachorros" (Gardner, s. f.).

²⁴ La proporción provoca estupor si hacemos una analogía del infiusto suceso con la población actual de Estados Unidos, ya que equivaldría a más de 68 millones de personas (Thornton, 1991, pp. 75-93).

Historiadores conservadores relativizaron las responsabilidades de los gobernantes por episodios letales que acompañaron a la expulsión, como las enfermedades que atacaron a los desplazados. Según Guenter Lewy (2004), las enfermedades adquiridas en la marcha forzada no podían ser atribuidas a la irresponsabilidad gubernamental, a pesar de organizar la expulsión sin formas de contención medianamente humanitarias. Según el autor, la mayor pérdida de vidas había ocurrido antes de la expulsión y, a veces, después de un contacto mínimo con los comerciantes europeos. Aunque Lewy reconocía que algunos colonos se alegraron de la alta mortalidad entre los indios, viéndola como un signo de la Divina Providencia, era erróneo creer que los europeos y los colonos norteamericanos infectaron adrede a los nativos para exterminarlos.

La catástrofe también se verificó en la nueva condición de desarraigado y de pérdida de valores espirituales, cohesivos de la identidad de las tribus. La remoción compulsiva los puso en riesgo de desintegración. El cristianismo, adoptado por gran parte de las Cinco Tribus Civilizadas, también defecionó como escudo protector de los nativos. No fue garantía de paz y respeto a su modo de vida. Esa desilusión no podía remediararse con un retorno a la religión tradicional, ya que también esta estaba afectada por la desorganización. Separados de las tierras sagradas de sus antepasados, los líderes espirituales indios (*adonisgi*) perdieron su conexión con el mundo espiritual, así como el acceso a las hierbas que eran la fuente de sus poderes medicinales. Una enorme merma cultural asoló a los sobrevivientes con la desaparición de los ancianos, depositarios de la tradición. Al perderse una generación de niños, también se afectó al futuro de la comunidad. Los sitios sagrados abandonados fueron pisoteados por los colonos blancos; las tumbas de los antepasados, vejadas por nuevas oleadas de saqueadores. El antiguo hogar se tornó en un recuerdo traumático. Para los cherokees, el despojo, la muerte y el conflicto interno exigían una nueva síntesis religiosa para dar orden y significado a vidas confusas y desordenadas. Como ha señalado el historiador William McLoughlin (1990), aunque la expulsión desencadenó en los cherokees una crisis política y social, también tuvo su impacto espiritual entre los misioneros y otros cristianos. A raíz de la capitulación de sus aliados misioneros, los cristianos cherokees consideraron que la religión de la mayoría blanca era tan falsa como las promesas de sus tratados (McLoughlin, 1990, p. 98-101 y Bender, 2017).

4. La narrativa totalizadora del inevitable choque de culturas

La historiografía tradicional, esencialmente la enfocada en glorificar la expansión militar hacia el oeste, evaluó globalmente el pasado americano como un choque trágico e inevitable de dos culturas inconciliables. Por caso, Robert Utley historió el despojo del territorio apache en la actual Arizona y el encierro en la reseca Reserva de San Carlos como una colisión ineluctable de valores.²⁵ Otro de los escritores que abusó del término fue Guenter Lewy. En su interpretación, la clave explicativa para sintetizar las complejas y variadas interacciones entre blancos y nativos fue el despliegue de violencias inevitables. La historia (entendida como una realidad cuyo rumbo parecía preestablecido y era ajena a deseos, acciones y voluntades de los sujetos) albergaba un triste destino a los nativos norteamericanos. Los hechos violentos cometidos por los grupos enfrentados no podían considerarse crímenes, sino como “una tragedia”. Esta brotaba, como dijimos, de “una colisión irreconciliable de culturas y valores”. A pesar de la cuantiosa evidencia mostrada por las investigaciones sobre los pueblos del este del Mississippi, Lewy siguió sosteniendo que los indios no estaban dispuestos a abandonar la vida nómada del cazador por la vida sedentaria del agricultor. Los nuevos americanos, convencidos de su superioridad cultural y racial, no toleraban conceder a los habitantes originales del continente la vasta reserva de tierra que exigía su modo de vida. La consecuencia fue un conflicto en el que hubo pocos héroes, pero que estuvo lejos de ser una simple historia de víctimas desventuradas y agresores despiadados (Lewy, 2004).

Sin embargo, como han revelado investigaciones más profundas de la historiografía norteamericana, esta explicación atenuadora de la responsabilidad de los actores estuvo lejos de ser unánime. Ponderando fuentes y evidencias coetáneas a los sucesos, las últimas generaciones de historiadores, especialmente sus corrientes radicales e indigenistas, cuestionaron esa suerte de determinismo epocal. En lugar de refugiarse en la consigna de la tragedia inevitable, abstracción generalista y reacia a ser confrontada con pruebas, ensancharon las dimensiones de las fuentes consultadas; analizaron las circunstancias propias de cada región, los intereses económicos en juego, la diversidad de conductas, las voces disidentes y los casos específicos de la remoción de las Cinco Tribus. Observaron las luctuosas consecuencias de las deportaciones a través de fuentes de la época, subestimadas

²⁵ Tal fue el título de su libro (Utley, 1977).

por las crónicas tradicionales. Según tales testimonios, no faltaron hombres blancos, coetáneos a los hechos, para quienes la aniquilación y expulsión no eran un destino ineluctable; incluso, preconizaron acciones para evitar tales opciones. Especialistas en la cuestión restituyeron, como se dijo, otras voces entre los ciudadanos norteamericanos que demostraron actitudes disconformes con la expulsión. Describieron en tales, contenciosos, la presencia de otras alternativas a la expulsión (por ejemplo, acuerdos judiciales, cesiones parciales de tierra, cohabitación), abogando por una narración que cuestionaba la predeterminación del curso de los hechos hacia un camino único para las comunidades originarias (McLoughlin, 1994).

En efecto, la decisión de Jackson suscitó oposición. Los cristianos evangélicos rechazaron la remoción, la consideraron una traición a los nativos americanos y un impedimento para el trabajo misionero.²⁶ Estas congregaciones consideraban a la evolución de los cherokees como el modelo de lo que la religión y una sociabilidad de la reciprocidad podía lograr con los “hijos del bosque”. Los informes anuales de estas instituciones señalaron con orgullo el liderazgo cristiano de habla inglesa de los cherokees, su constitución escrita, que rindió homenaje al pacto de los Estados Unidos, y su economía agrícola. Para estos predicadores, la decisión de la remoción al oeste del Mississippi puso en peligro una experiencia de integración y convivencia.²⁷

Ante la decisión del estado de Georgia de declarar disuelta la política autónoma de la Nación Cherokee, la Junta de Comisionados para Misiones Extranjeras patrocinó una demanda en nombre de los nativos. Aunque la Corte Suprema de los Estados Unidos avaló los derechos de los indios contra Georgia, el presidente Jackson no hizo cumplir el dictamen. Líderes baptistas, como Samuel Worcester y el doctor Elizur Butler, defendieron los derechos de posesión de los cherokees y fueron encarcelados en 1831. En el mismo sentido, un año antes, el líder cherokee John Ross había reclamado ante la Corte Suprema de los Estados Unidos la legitimidad de la tenencia de los territorios para su pueblo. Sin embargo, en 1832, el Consejo Supremo de todas la Misiones desistió de la defensa cuando

²⁶ La comunidad cherokee recibió ofertas de sociedades misioneras protestantes para abrir escuelas para niños indios. En 1828 había cinco de estas instituciones trabajando entre ellos (Perdue & Green, 2005).

²⁷ A pesar de la aculturación, se ha interpretado que la identidad cristiana fue un basamento del nacionalismo cherokee (McLoughlin, 1994, pp. 307-310).

el Senado ratificó el tratado fraudulento impuesto a la nación india. Finalmente, los jerarcas de las misiones aconsejaron a los cherokees a aceptar la deportación.

Otros historiadores exhibieron más evidencias sobre la oposición al despojo y al traslado de los indios por parte de figuras políticas. En el Congreso, el senador Theodore Frelinghuysen la atacó por motivos morales. La propuesta fue aprobada por pocos votos en la Cámara.²⁸

También hubo testimonios militares que retrataron la dimensión depredatoria de la política jacksoniana infligida a los Cherokees. Un soldado participante de los hechos alertaba contra el horizonte de extinción que acechaba a los nativos. Denunciaba la残酷 demostrada en la usurpación de las tierras indias, un crimen enorme ocultado a las jóvenes generaciones.²⁹

V. A manera de conclusión

La activación de la conciencia india durante los años 60 desnudó ante la opinión pública la situación de marginación en la que se hallaban los nativos americanos. La movilización por la conquista de derechos en el presente alentó una voluntad crítica para desmitificar los relatos tradicionales sobre la epopeya del Oeste y refutar los estigmas sobre el salvajismo y el carácter estático de todas las comunidades originarias. Tanto los activistas como los primeros historiadores indigenistas contribuyeron a producir una narrativa sobre la agencia india en el pasado de la nación, queriendo significar que tales sociedades preexistentes no fueron elementos indiferenciados de la naturaleza, comunidades pasivas ni víctimas carentes de voluntad. Mediante una diversificación de la documentación, las nuevas representaciones del pasado desmenuzaron el prejuicio racista

²⁸ El despojo fue aprobado por 102 votos contra 97 y los partidarios de Jackson en el norte se pasaron a la oposición. Los estados esclavistas votaron 61 a 15 a favor de la remoción; los estados libres se opusieron por 41 a 82. Sin la cláusula de los tres quintos aumentando el poder de los intereses esclavistas, la remoción india no habría sido aprobada (Prucha, 1990, pp. 49-52). El senador por Nueva Jersey, Theodore Frelinghuysen, no creía en la igualdad entre blancos e indios, sin embargo, atacaba la moralidad de la deportación forzada. Sostenía que los nativos americanos disfrutaban de más amplios derechos que los que reconocía el gobierno de Jackson. (Arrasmith, 2020, pp. 188-193).

²⁹ “En este momento, 1890, estamos demasiado cerca de la eliminación de los Cherokees para que nuestros jóvenes comprendan completamente la enormidad del crimen que se cometió contra mucha gente. La verdad es que los hechos se están ocultando a los jóvenes de hoy. Los escolares de hoy no saben que estamos viviendo en tierras que fueron arrebatadas a un pueblo a punta de bayoneta para satisfacer la codicia de los hombres blancos”. Pasados los años después de la remoción, todavía vivía en su memoria la manera como lo recordaban los sobrevivientes: “el soldado que fue bueno con nosotros” (Burnett, 1978, pp. 50-55).

acerca del irreducible rechazo del “hombre rojo” a incorporar los progresos materiales de la civilización capitalista. Al inscribir a las sociedades indígenas como sujetos históricos dinámicos, la historiografía adoptó un enfoque inclusivo, más totalizador, para explicar las variadas interacciones de los gobiernos y colonos blancos con las tribus residentes. La persistencia de la historiografía de base indigenista (heredera de la investigación pionera de Vine Deloria Jr. y Alexander “Dee” Brown) se abrió paso en el campo académico universitario en las últimas décadas del siglo XX. Programas de estudio específicos del pasado indio fueron objeto de la examinación erudita. Los frutos de estas labores fecundaron varios campos de la disciplina; contribuyeron a desarrollar la historia desde abajo, los estudios subalternos, la historia oral y a reflexionar sobre las políticas de la memoria y la diversidad cultural.

El aporte no se limitó a la ampliación del objeto de estudio. Los historiadores indigenistas rechazaron las concepciones providencialistas y teleológicas justificadoras de la desposesión del “incivilizado”. Rebatiieron la consideración de los nativos como portadores de una esencia moral, espiritual y biológica reluciente a la civilización, lo que equivalía a tratarlos como individuos en un estado de minoridad mental, sujetos a la tutela de las nuevas autoridades surgidas de la conquista.

Las nuevas indagaciones rectificaron y refutaron episodios e interpretaciones abigarradas en relatos del pasado de los Estados Unidos. El torrente de nuevos estudios (una modesta parte de los cuales está incluido en nuestra bibliografía), pusieron en tela de juicio nociones rústicamente evolucionistas sobre la inevitabilidad de las políticas y metodologías impuestas por las élites a los indígenas. Rechazaron las conclusiones que aludían a un fatal “choque de culturas”, una tragedia, una colisión irreconciliable de valores. Demostraron que el abuso de este concepto comodín arrastraba notorias deficiencias fácticas de la investigación y cierta incuria para evitar interpretaciones escabrosas.³⁰ En efecto, los enfoques críticos exhibieron un conjunto de fuentes que proporcionaban un rango de actitudes y opiniones divergentes sobre los sucesos, que no encajaban en la explicación del inevitable “choque de culturas”.

Los autores comprometidos con los estudios subalternos atacaron la deshistorización aplicada a episodios concretos de sustracción de patrimonios comunales y

³⁰ Esta perspectiva caracteriza a los ensayos de Guenter Lewy (2004. p. VI).

de retaliación contra aldeas insumisas. Pusieron en evidencia que tales enfoques fueron indolentes en una búsqueda más completa de documentos, mientras que desestimaron la consideración de caminos o métodos alternativos y la existencia de no pocos hombres blancos que condenaron, en el mismo tiempo de los hechos, las medidas atroces contra las comunidades originarias. Estas pruebas estaban al alcance de historiadores medianamente perspicaces. En las deportaciones de las “Cinco Tribus Civilizadas”, los documentos mostraban que en el Senado se alzaron voces políticas que deploren los actos criminosos del presidente Jackson contra ellas.

La historiografía de inspiración indigenista sometió a un escrutinio escrupuloso al concepto genérico de “guerra contra los indios”, un tópico utilizado por los historiadores militares (aunque no solo por ellos), para referirse y encubrir masacres programadas o políticas cuyos efectos destructivos para con las tribus eran altamente probables y, en algunos casos, ya conocidos por los propios ejecutores.

Los autores comprometidos con la “historia desde abajo” rescataron la eficacia instrumental de la noción de “limpieza étnica” para entender procesos coercitivos, como el reseñado que tuvieron como blanco a las tribus residentes en el sudeste del Mississippi. Sin temer afrontar temas y controversias perturbadoras, alentaron a la historiografía a debatir sobre la pertinencia o eficacia de la categoría de genocidio³¹ para explicar, en base al estudio de casos concretos, una o varias secuencias del proceso de expansión hacia el oeste y de despojo de los pueblos originarios. Abordar analíticamente dichas experiencias traumáticas implica recorrer un incómodo y penoso sendero, aunque menos lacerante que el transitado por los cherokees en el siglo XIX.

³¹ Sin ser el objeto de nuestro examen, diremos que reconocidos historiadores rechazaron la noción de genocidio para explicar la subyugación de los indios de Norteamérica; algunos adhirieron al uso del concepto de “limpieza étnica”, que, según nuestro entender, fue un procedimiento inherente a los procesos de genocidio. Entre estos, mencionemos a Anderson (2014, pp. 12-14). En el extremo más negacionista y conservador se ubicaba Lewy (2004). No son pocos ni irrelevantes los investigadores que postularon la noción de genocidio para explicar determinados procesos y episodios de la colonización norteamericana; entre ellos, Ward Churchill (1996), Roxanne Dunbar-Ortiz (2014), David Stannard (1993), Russell Thornton (1991), Vine Deloria Jr. (1988), Russell Means (1991), Ben Kiernan, Ned Blackhawk, Benjamin Madley y R. Taylor (2023). Dos excelentes presentaciones sobre dicha controversia es Ostler (2021 y 2024).

Referencias

- Adams, H. B. (1882). *The Germanic origin of New England towns*. Johns Hopkins University Press.
<https://archive.org/details/germanicoriginof00adam/page/10/mode/2up>
- Adhikari, M. (2022). *Destroying to Replace. Settler genocides of Indigenous People*. Hackett Publishing.
- Anderson, G. C. (2014). *Ethnic Cleansing and the Indian: The Crime That Should Haunt America*. University of Oklahoma Press.
- Aron, S. (2016). The History of the American West Gets a Much-Needed Rewrite. *Smithsonian Magazine*, (16).
- Arrasmith, P. (2020). A Senator's Resolve and the Destiny of Two Nations: A Reappraisal of New Jersey's Theodore Frelinghuysen Role in the Cherokee Removal Debate of 1830. *New Jersey Studies: An Interdisciplinary Journal*, 6(1).
<https://doi.org/10.14713/njs.v6i1.194>
- Bender, A. (2017, 21 de septiembre). "Trail of Tears Walk" commemorates Native Americans' forced removal. *Peoples's World*.
<https://www.peoplesworld.org/article/trail-of-tears-walk-commemorates-native-americans-forced-removal/>
- Blackhawk, N. (2023). *The Rediscovery of America: Native Peoples and the Unmaking of U.S. History*. Yale University Press.
- Brown, A. (1970). *Bury my Heart at Wounded Knee*. Henry Holt and Company.
- Brown, M. (2015). *A Christian Nation: How Christianity united the people of the Cherokee Nation*. CUNY Academic Works.
- Burnett, J. (1978). The Cherokee Removal Through the Eyes of a Private Soldier *Journal of Cherokee Studies*, 3 (3).
- Cheatem, M. (2011). Andrew Jackson, Slavery and Historians. *History Compass*, 9.
<https://jacksonianamerica.com/wp-content/uploads/2013/04/cheatem-aj-slavery-and-historians.pdf>

- Churchill, W. (1996). *From a Native Son: Selected Essays on Indigenism, 1985-1995.* Boston: South End Press.
- Churchill W. & Vander Wall, J. (1990). *The Cointelpro's Papers: Documents from the FBI's Secret Wars against Dissent in the United States.* South End Press.
- David, J. (Ed.). (1972). *The American Indian. The first victim.* Morrow.
- Deloria, V. (1972). *Of Utmost Good Faith.* Bantam.
- Deloria, V. (1985). *Behind the Trail of Broken Treaties: An Indian Declaration of Independence.* University of Texas Press.
- Deloria, V. (1988). *Custer Died for your Sins.* University of Oklahoma Press.
- Dunbar-Ortiz, R. (2014). *An Indigenous Peoples' History of the United States.* Beacon Press.
- Edmunds, E. D. (1989). Coming of Age: Some Thoughts upon American Indian History. *Indiana Magazine of History*, 85(4).
- Fox, R. A. (1992). *Archeology, History and Custer's Last Battle.* University of Oklahoma Press.
- Gardner, A. (s. f.), The indian wars. *Colonial Williamsburg.* <https://research.colonialwilliamsburg.org/Foundation/journal/Spring10/war.cfm>
- Gill Jr. H. (s. f.). Colonial Germ Warfare. *Colonial Williamsburg.* <https://research.colonialwilliamsburg.org/Foundation/journal/Spring04/warfare.cfm>
- Haveman, C. (2008). Final Resistance: Creek Removal from the Alabama Homeland. *Alabama Heritage*, (89).
- Haveman, C. (2016). *Rivers of Sand: Creek Indian Emigration, Relocation and Ethnic Cleansing in the American South.* University of Nebraska Press.
- Hinshaw Patent, D. (2012). *The Horse and the Plains Indians.* Clarion Books.
- Howe D. (2007). *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815–1848.* Oxford University Press.
- Kakel, C. (2011). *The American West and the Nazi East: A Comparative and Interpretive Perspective* Carroll. Palgrave.
- Kiel, D. (2023). Native American Activism and the Long Red Power Movement. *Expedition*, 55(3).

- Kiernan, B., Blackhawk, N., Madley, B. y Taylor, R. (Eds.). (2023). *The Cambridge World History of Genocide, Volume II: Genocide in the Indigenous, Early Modern and Imperial Worlds, c.1535 to World War One*. Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/9781108765480>
- Landry, A. (2016). Theodore Roosevelt: ‘The Only Good Indians Are the Dead Indians’. *Indian Country Today*. <https://ictnews.org/archive/theodore-roosevelt-the-only-good-indians-are-the-dead-indians>
- Lewy, G. (2004). Were American Indians the Victims of Genocide? *Commentary*. <https://www.commentary.org/articles/guenter-lewy/were-american-indians-the-victims-of-genocide/>
- Loring, D. M. (2017, 8 de mayo). Andrew Jackson: the Father of Genocide of the South and Eastern Tribes. *Indian Country Today (ICT)*. <https://ictnews.org/archive/andrew-jackson-father-genocide-south-eastern-tribes>
- Mahon, J. (1985). *History of the Second Seminole War, 1835–1842*. University of Florida.
- Matthews, D. (2016, 20 de abril). Andrew Jackson was a slaver, ethnic cleanser, and tyrant. He deserves no place on our money. *Vox*.
<https://www.vox.com/2016/4/20/11469514/andrew-jackson-indian-removal>
- McLoughlin, W. (1990). *Champions of the Cherokees: Evan and John B. Jones*. Princeton University Press.
- McLoughlin, W. (1994). *The Cherokees and Christianity, 1794-1870*. University of Georgia Press.
- Merk, F. (1995). *Manifest Destiny and Mission in American History*. Harvard University Press.
- Morgan, L. (1877). *Ancient Society*. C. H. Kerr.
- Nelson Limerick, P., Milner II, C. y Rankin, C. E. (Eds.). (1991). *Trails: Toward A New Western History*. University Press of Kansas.
- Ostler, J. (2015). Genocide and American Indian History. *American History*, Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199329175.013.3>

- Ostler, J. (2021). Denial of Genocide in the California Gold Rush Era: The Case of Gary Clayton Anderson. *American Indian Culture and Research Journal*, 45(2). <http://dx.doi.org/10.17953/aicrj.45.2.ostler>
- Ostler, J. (2024). Trails of Tears, Plural: What We Don't Know About Indian Removal. *Humanities, The Magazine of the National Endowment for Humanities*, 45(3). <https://www.neh.gov/article/trails-tears-plural-what-we-dont-know-about-indian-removal>
- Perdue, T. y Green, M. (2005). *The Cherokee Removal A Brief History with Documents*. Bedford/St. Martin's.
- Pritzker, B. (2020). *Native Americans: An Encyclopedia of History, Culture, and Peoples*. ABC-CLIO.
- Prucha, F. (1990). *Documents of United States Indian Policy*. University of Nebraska Press.
- Roosevelt, T. (1896). *The Winning of the West*, by Theodore Roosevelt. *American Historical Review*, 2, 171-176. <https://doi.org/10.2307/1833640>
- Sheppard, R. Z. (1971, 1 de febrero). The Forked-Tongue Syndrome. *Time Magazine*. <http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,909793,00.html?iid=sr-link5>
- Slotkin, R. (1985). *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890*. University of Oklahoma Press.
- Smithsonian American Art Museum. (2015). *Manifest Destiny and Indian Removal*. <https://americanexperience.si.edu/wp-content/uploads/2015/02/Manifest-Destiny-and-Indian-Removal.pdf>
- Stannard, D. (1993). *American Holocaust: the Conquest of the New World*. Oxford University Press.
- Sturgis, A. (2007). *The Trail of Tears and Indian Removal*. Bloomsbury Academic.
- Thornton, R. (1991). The Demography of the Trail of Tears Period: A New Estimate of Cherokee Population Losses. W. Anderson (Ed.), *Cherokee Removal: Before and After*. University of Georgia Press.
- Turner, F.J. (1891). The Character and Influence of the Indian Trade in Wisconsin. H. B. Adams (Ed.), *John Hopkins Universities Series in Historical and Political Science* [9th ser. vols 11-12].

- Turner F. J. (1961). *The Problem of the West. Frontier and Section: Selected Essays.* Prentice-Hall.
- Turner F. J. (1966). The Significance of the Frontier in American History. *March of America Facsimile Series* nº 100. Ann Arbor University Microfilms.
- Utley, R. (1977). *A Clash of Cultures. Fort Bowie and the Chiricahua Apaches.* National Park Service.
- Valandra, E. (2006). *Not Without Our Consent. Lakota Resistance to Termination, 1950-1959.* University of Illinois Press.
- Wallace, A. (1993). *The Long, Bitter Trail: Andrew Jackson and the Indians.* Straus and Giroux.
- Warrior, R. y Smith, P. (1996). *Like a Hurricane: The Indian Movement from Alcatraz to Wounded Knee.* New Press.
- Wilkins, T. (1970). *Cherokee Tragedy.* Macmillan Company.